

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Año 14 - N° 243 - 01 de agosto de 2021

En medio de vosotros hay uno que no conocéis

En el Evangelio llama la atención la forma en que Juan Bautista anuncia a los judíos la presencia de Jesús oculto entre ellos: *"En medio de vosotros hay uno que no conocéis"*.

Nadie se ha fijado en Él. Hace treinta años que Jesús vive entre los judíos. Lo han visto trabajar, orar, hablar. Han recibido su visita, han utilizado sus servicios de carpintero. Sin embargo, a lo largo de treinta años nadie se ha fijado en Él.

¡Cuánta oposición, cuánta ignorancia frente a Dios debe haber en el fondo de nuestros corazones, para hacernos tan insensibles, tan impermeables a lo divino!

Pero esta ignorancia, este menosprecio, no se refiere solo a la parte oculta de su vida. Después de tres años de vida pública, de predicaciones, de milagros, Jesús tiene que dirigir a sus apóstoles testigos de todos sus actos, confidentes de todos sus pensamientos, este reproche: *"Hace tanto tiempo que estoy con vosotros y no me habéis conocido todavía"*.

Es que la presencia de Dios es y será siempre, necesariamente, **una presencia oculta**. Incluso después de la resurrección, en las apariciones a los suyos, la presencia de Cristo sigue siendo misteriosa. Tampoco entonces nadie lo reconoce. María Magdalena cree que se trata del jardinero; los discípulos de Emaús tienen sus ojos cerrados, de modo que no lo reconocen; los apóstoles después de la pesca milagrosa, ven ante ellos a un extraño y no se atreven a preguntarle quién es.

Dios, aunque se acerque un poco más, aunque se manifieste un poco más y se haga más evidente, seguirá siendo para los hombres un Dios desconocido, un Dios sorprendente, un Dios menospreciado.

Si Jesús hubiera vivido a nuestro lado desde el comienzo de nuestra existencia, ¿lo habríamos reconocido en nuestros corazones, por medio de una fe viva? Y resulta que Jesús sigue estando presente entre nosotros: *Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos. No os dejaré huérfanos. El mundo no me conocerá, pero vosotros sí me conoceréis*.

Aparentemente, Jesús es siempre el mismo. Él puede parecerse a cualquiera. Para nosotros, un pobre se parece a todo el mundo; sin embargo Cristo está oculto en ese pobre. Para nosotros, un sacerdote se parece a todo el mundo. Una hostia consagrada se parece a cualquier pedazo de pan. Un santo nos parece igual a todo el mundo. Y sin embargo, tenemos que creer que bajo todos estos rostros se esconde el mismo Dios. Bajo todas estas apariencias, es el Señor quien vive, obra, habla y desea manifestarse entre nosotros.

Si Dios estuviera en su cielo, podríamos estar tranquilos, podríamos odiar a nuestros prójimos, podríamos prescindir de ellos, quedarnos toda la vida indiferentes a sus problemas. Pero si Dios no está en su cielo, si Dios ha venido a vivir entre nosotros, entonces tenemos que tener mucho cuidado. Un Dios encarnado nos exige buscarlo, salir a su encuentro, reconocerlo en el rostro del hermano. Un Dios encarnado en el prójimo nos obliga a respetarlo, a no herirlo, a no criticarlo, ni atropellarlo.

Queridos hermanos, nadie ve a Dios, nadie se encuentra con Él sin el deseo sincero de verlo. Él no puede darse a conocer más que a aquellos que tienen hambre y sed de Él. Y es esa santa curiosidad, esa inquietud y ese interés, lo que seguramente despertaban